

Atrapa recuerdos diariodeunparkinsoniano

2022-01-09

Aprovechando que mi antiguo móvil ha tenido un desafortunado accidente, no sé yo si provocado por la dichosa obsolescencia programada de la tecnología que nos rodea, me he armado de valor y me he puesto con la ardua tarea que supone la organización y limpieza de mi album de fotos digital.

Si, lo confieso.

Es algo que siendo constante y haciéndolo diariamente, o, si me apuras, mensualmente, no supone demasiado tiempo.

Antes, en una época no tan lejana, cuando los móviles eran algo de ciencia ficción e inalcanzables para el común de los mortales, el término digital era desconocido, y la Polaroid era lo más cercano a conseguir hacer una foto de manera instantánea, era distinto.

En mi descarga he de decir que soy de una época en la que te podías considerar un afortunado si tenías en propiedad una “máquina de retratar”, con su rollo de película fotográfica, en el que a lo sumo podías almacenar 24 fotos, y tenías que pensarte muy mucho el accionar el pulsador para, después de unos segundos que parecían toda una eternidad, conseguir inmortalizar el momento, comportándote como Clint Eastwood en cualesquiera de sus películas de vaqueros, disparando solamente a sus enemigos cuando estaba seguro de no errar el tiro, intentando conservar todas sus balas hasta el final.

Con la llegada de los smartphones a nuestras vidas, todo cambió, y lo que antes era, y sigue siendo para mí, todo un arte, se popularizó, convirtiéndonos a todos en seres de “gatillo fácil”, llenando nuestras vidas de imágenes, la mayor parte del tiempo, insulsas, insípidas e inútiles.

Cómo no sabía por donde empezar, abrumado por tan ardua tarea, lo primero que hice fue descargar todas mis fotos al disco duro de mi PC y

tirar de ingenio, desarrollando una pequeña aplicación que hiciera el trabajo por mí, añadiendo al comienzo del nombre la fecha de la foto, y así, ordenarlas para quedarme con las que realmente lo mereciesen.

Después de unos interminables minutos, el programa terminó la tarea que le había encomendado, y me dispuse, iluso de mí, a clasificar las fotos en un par de horas.

Ante mis ojos se presentaban miles y miles de fotos, en las que había de todo.

Desde los dichosos memes enviados una y otra vez por WhatsApp, hasta fotos repetidas una y otra vez hasta la saciedad, incluida una considerable cantidad de primeros planos de alguno de los dedos de mi mano, pasando por fotos borrosas fruto, probablemente de mi presbicia galopante y mi temblor parkinsoniano.

Pero, cómo quien recupera la vista después de verse deslumbrado repentinamente por el Sol, empecé a verlo todo con más claridad, recordando la sabiduría de algunas de las tribus indígenas, en las que una foto se considera un artilugio que atrapa tu vida, tus recuerdos y tus sueños.

Ufff, que momento tan emocionante.

Es como ver pasar por delante toda tu vida, en este caso desde el 2013, instante por instante.

Los instantes vividos con mis sobrinos, pasando de bebés a adolescentes que son ahora. La primera vez que se quedaron a dormir en mi casa. Fotos y fotos con ellos repachingados por todos sus rincones: En el cuarto de estar, en la cama de mi dormitorio disfrutando de una película. Los regalos en forma de manualidades de mi sobrina Nahia, la eterna sonrisa de mi sobrino Ibai, las celebraciones de los cumpleaños familiares, donde mis padres, como todos nosotros, van envejeciendo lentamente. Viajes y viajes disfrutando de las atracciones de feria, en los sanfermines. Los momentos de vermú con mi hermana, con mi cuñado, intentando hacerme olvidarme de parki. Las celebraciones con mis primos.

Los momentos junto a mis amigos de toda la vida, mi cuadrilla, en forma de comidas y cenas, cumpleaños, o de selfies, llenos de abrazos y besos. Las escapadas en forma de casar rurales, en torno al fuego de la chimenea, o preparando una barbacoa. Las vacaciones a Peñíscola, a Gandía, a Cádiz. Mi cumpleaños en Sevilla, con mi tobillo todavía dolorido, después de recuperarme en tiempo record de un esguince. Las fotos de las portadas de los tomos impresos por Juanita, mi editora particular, de este bendito diario.

Los reencuentros con mis compañeros de la E.G.B. La primera comida que tuve que organizar, la alegría del ambiente. Los abrazos de oso de Glori... Las disculpas sinceras de “Serpis”, el borrón y cuenta nueva, el retomar una amistad. Las medallas “medio mariatonianas” de mi amigo Eugenio, o de su mujer Olga.

Los recuerdos de mis amigas “nietas del hojalatero”. La caja de madera, esa kutxa, labrada a mano por el marido de Txus, los bombones agradeciéndome el haberle preparado el móvil, el saco de semillas de Esme. El crear esos videos, recopilando sus fotos familiares, acompañadas por la banda sonora de Rainbow.

El primer te quiero, escrito apresuradamente en un post-it, pegado en la puerta del frigorífico, las fotos en las cimas de los primeros montes, el primer desayuno en Salamanca...

La dichosa pandemia, con sus fechas huérfanas de fotos en el calendario...

Mis logros, como ingeniero del año...

Inevitablemente, se me llenan los ojos de lágrimas. No de tristeza, pero si de emoción y de alegría. Por los momentos vividos, y por los que, estoy seguro, seguirán llegando y que iré inmortalizando en forma de foto.

Atrapando sueños.

Y atrapando recuerdos.

Hoy puede ser un gran día

diariodeunparkinsoniano

2022-01-16

Por fin.

El día que tanto esperaba, ha llegado.

Faltan un par de horas para atravesar la puerta de la Clínica Universidad de Navarra, y de esa manera empezar con los primeros trámites, las primeras consultas para “la instalación” (burdamente hablando) de unos neuro estimuladores cerebrales que me ayuden a poner a raya a Parki, que últimamente se me ha amotinado, rebelándose cual grumete descarado, más de lo deseado.

Han pasado sólo cinco días desde que, cuando más distraído me encontraba, la luz LED del teléfono móvil, parpadeando de manera intermitente, y el zumbido de su vibración hicieran que mi atención se desviara de la pantalla del ordenador del trabajo, donde, mi mente, con poco éxito, se afanaba en controlar el temblor de mis dedos, para escribir, de una maldita vez, las pocas líneas de código que me quedaban para terminar los cambios en uno de mis programas.

Una ristra de interminables números, bailando por la pantalla, hicieron que descolgara el teléfono de manera instintiva.

Pasados unos segundos, tras el siempre protocolario ¿dígame?, una mujer con voz dulce y sosegada y que se identificó como enfermera de neurología de la clínica Universidad de Navarra, me anunciaba la noticia.

Al colgar, no me lo podía creer.

Después de más de ocho meses de interminable espera, sintiéndome, día tras día, como el protagonista de ese videoclip de los ochenta, repitiendo una y otra vez el estribillo pegadizo de la canción “Call me now”, de Spagna, esperando la anhelada llamada, que nunca llegaba.

Al pasar de los días me he ido poniendo cada vez un poquito más nervioso, y, por unos momentos, me he sentido como aquel estudiante universitario que fui una vez, hace ya bastante tiempo, cuando, los días previos al

examen, en medio de un manojo de nervios, entraba en una especie de trance, abandonando la consciencia de este mundo y repasaba mentalmente todo lo que había aprendido, visualizando y materializando en mi mente cada uno de los esquemas y trucos nemotécnicos que me habían ayudado a comprender aquello que, sobre todo al principio, me resultaba tan complejo de entender.

Es curioso.

Esta vez, al contrario que en otras, no me estoy autoflagelado con mi látigo de siete puntas que suponen los malditos “y si...” que siempre me han acompañado en las mayores decisiones de mi vida, esas bifurcaciones en el camino que todos, más temprano que tarde, recorreremos en la senda de nuestro destino.

Quizás sea que me estoy haciendo mayor, al venirme a la mente que este año, si nadie ni nada lo remedia, tendré que reunir el suficiente aire en los pulmones como para soplar de una vez las cincuenta velas en la tarta de cumpleaños.

O, a lo mejor, estoy ya un poco harto de intentar, con mi soplado, alterar el resultado en mi siguiente tirada de dados.

Suena un poco raro, pero esta vez, por primera vez desde hace ya cinco años, no tendré ante mí al Dr. Clavero, mi neurólogo, con su mirada penetrante, escuchando con atención lo que me pasa.

Me siento como cuando uno cambia de cole, o llega al instituto o a la universidad, o, si me apuras, a un nuevo trabajo, donde todo empieza de cero.

Después de pasar un maravilloso día de playa con Marian intentando, sin éxito, olfatear en el ambiente la sal del mar, y probando, gracias a un torpe traspiés, el barro del camino, y tomar un relajante baño al llegar a casa, me he puesto a la faena.

Me he armado de valor y he ido completando mi ficha Word, la de aplicado parkinsoniano.

Sí, ya sabes, esa que, poco a poco, a base de práctica, he ido perfeccionando para informar de mi estado a al neurólogo, al comienzo de cada uno de nuestros encuentros.

A continuación he impreso una tras otra, todas las fichas que ya tengo en mi colección, esa que inicié aquel día, 31 de octubre del 2.016, cuando Parki se presentó de manera oficial en mi vida y en la de los que me rodean.

Finalmente, he escrito una especie de carta, a modo de presentación y me he acostado, ya tarde, dejando pasar las horas.

Y cuando me he levantado, aletargado, medio dormido, me he mirado al espejo, y me he dicho...

¡Qué leches!

¡Hoy puede ser un gran día!

Sólo te queda esperar
diariodeunparkinsoniano

2022-01-18

Bueno, ya está hecho.

Ya está dado el primer paso en el nuevo camino que he iniciado, el de la neurocirugía.

Ahora toca esperar, a que lleguen las instrucciones para dar el siguiente paso, como cuando introduces los parámetros de entrada en una rutina compleja de un programa y esperas, impaciente, el resultado para validarlo y así continuar con tu trabajo.

Ayer fue un día agotador.

Acabé, o, mejor dicho, acabamos, todos agotados.

Fue también un día muy intenso, mucho más de lo que hubiera imaginado.

Ese viaje en autobús, intentando contener los nervios para que el Hulk interno, Parki, no despertara, a la vez que tragas saliva, sintiendo en tu boca el amargor de un mal trago del pasado.

El animarse mentalmente, repitiendo una y otra vez la letanía de “Tú puedes, que has llegado muy lejos”, al atravesar media ciudad, parada a parada.

El cruzar, decidido, la puerta de entrada.

El recorrer el vestíbulo con la mirada, hasta dar con la sección adecuada.

El acomodarte en el sillón de la sala de espera.

El sentir en el pecho la respiración, e intentar sosegarla, haciéndola honda y pausada.

El contenerse, el no saltar como un resorte, al ver parpadear las iniciales ALI98 en el panel informativo, anunciando que el momento de la verdad llegaba.

El ligero chirriar de la puerta de la consulta, al cerrarse tras de ti.

El asomarse por primera vez al abismo de otra mirada extraña, desconocida.

El ir verbalizando, convirtiendo en palabras hasta el mínimo de tus recuerdos, desde el principio, desde el año cero.

El ligero roce de una vieja pluma, manchando con su tinta de garabatos un folio en blanco, en los que quedan anotados todos los detalles, en un idioma extraño.

El movimiento, unas veces lento, otro acelerado, de los pies y de las manos, invocando a Parki, invitándole a ser despertado.

El restar desde cien una cifra elegida al azar, en voz alta, procurando no equivocarse.

El sentirse observado al caminar, analizando cada uno de tus pasos.

La maldición contra Parki por no aparecer en ese momento, por dejarte mal y no dar la cara.

El falaz pensamiento, el pensar que estas bien, que no te pasa realmente nada.

El dar las gracias al salir y el resoplar, aliviado, al verte deslumbrado por la luz blanquecina de la sala de espera.

El abrazo reconfortante.

El frescor en tu garganta al sentir el sorbo de una botella de agua.

La sensación de final, al ingerir la medicación, tantas horas atrasadas.

El no “te vayas todavía” de una voz apresurada, persiguiéndote, abriendo las puertas del ascensor mientras pulsas el botón de bajada.

Otro chirrido de puerta, otro cruce de miradas extrañas.

Otro folio en blanco, manchado de rayas.

El objetivo indiscreto de una cámara, inmortalizando para siempre tus gestos y tus palabras.

El llegar a casa con el tiempo justo.

El comer apresurado.

El desplomarse en la cama, agotado.

El despertarse perdido, desorientado.

El sentir en la piel las gotas de agua de la ducha.

El recuperar la sonrisa al caminar unos cientos de metros, sintiendo el calor del sol en todo tu cuerpo.

El viaje relámpago en taxi.

Otra mirada desconocida.

Más folios en blanco.

Las mismas preguntas y respuestas.

El sabor de un café acompañado.

La medicación a deshoras.

El exabrupto final, cuando ya crees que todo ha terminado y estás relajado, al empezar a andar y Parki, por fin, aparece, burlándose de ti.

El recorrer la ciudad, resignado, sentándote en cada banco, hasta que Parki se va.

Y vuelves a sonreír, cuando te sientes por fin, liberado.

Y solo te queda dejar pasar el tiempo, y solo te queda esperar.

El ingreso
diariodeunparkinsoniano

2022-02-20

Sus últimas instrucciones habían sido claras:

- Primero, vaya a la zona de urgencias de la clínica y hágase una P.C.R.

- Cuando le comuniquen el resultado - prosiguió -, pásese por la zona de admisión para realizar el ingreso, y ellos le indicarán lo que tiene que hacer después.

Al fin había llegado el día.

Después de revisar minuciosamente el contenido de mi bolsa de viaje por enésima vez, y cerciorarme de que llevaba todo lo necesario, cerré, muy despacio, la cremallera, y cargué mi equipaje sobre el hombro derecho.

Apenas sin hacer ruido, sigilosamente, giré la manilla de la puerta de mi apartamento y salí al pasillo.

- ¿Qué demonios me irán a hacer durante estos días?

La incertidumbre me corroía por dentro, a pesar de tener una ligera y vaga idea. Sabía que los médicos debían observarme en ausencia de la medicación que desde hace casi 6 años tomaba, cuando me diagnosticaron la Enfermedad de Parkinson.

- 5, 4, 3, 2, 1, Bajo... El zumbido de las puertas del ascensor al abrirse, invitándome a salir de él, me terminó de sacar de mis pensamientos.

Después de pagar el taxi que me llevó a mi destino - la clínica -, cargué de nuevo con el equipaje y atravesé la puerta de acceso a la zona de urgencias. Como un zombi, seguí las indicaciones que iban apareciendo sobre el piso del pasillo, hasta llegar a la zona de extracción de muestras para la P.C.R.

Tras comprobar mi personalidad, -el DNI, nombre y fecha de nacimiento fueron suficientes-, una enfermera, vestida con un traje de protección anti COVID, me indicó que me quitara la mascarilla, y, casi sin darme tiempo, me introdujo, primero, un bastoncillo en la garganta para obtener una muestra, y, a continuación, otro más para frotar en lo más profundo de mi nariz, que posteriormente colocó en tubos de ensayo, y que se apresuró en cerrar herméticamente, etiquetándolos con la fecha y hora actual, junto con las iniciales ALI98.

Después de saber el resultado - negativo -, me dispuse a dar el siguiente paso: El ingreso hospitalario.

Tras identificarme de nuevo, y proceder a mi registro, una amable señorita me sirvió de guía por las instalaciones, al tiempo que no paraba de darme más y más explicaciones.

- quinta planta, la voz sonora del ascensor, previamente grabada, nos informó del destino final.
- Esta es su habitación, la 550, me indicó, mientras nos despedíamos.

Un vistazo rápido me bastó para reconocer la habitación: Una cama articulada debajo de una barra de luz fluorescente; un sofá relax y otro butacón más grande, que escondía en su interior una cama plegable; Un armario empotrado, con 3 o 4 perchas vacías, y un par de cajones, vacíos también; Un escueto baño, adaptado para discapacitados, con una pequeña ducha, acorralada en una de sus esquinas por dos mamparas semi traslúcidas.

Me acerqué a la ventana, y, al accionar el botón de la pared, la persiana empezó a subir despacio, dejando ver el exterior.

Al mirar abajo, no tardé en reconocer la entrada del propio edificio, y la gran avenida que me había llevado hasta él. Al frente, un edificio con unos ventanales exageradamente amplios, que dejaban ver su desnudez interior, y, al fondo, una especie de cordillera montañosa, de tonalidades ocres y verdes, coronada por varias decenas de molinos de viento, todos con su lucecita de advertencia parpadeante, intermitente, de color rojo.

Al ser domingo por la tarde, la avenida estaba semi desierta, sin apenas coches esperando en los semáforos.

- Nada que ver con el tráfico de un día laborable, pensé, mientras inhalaba una bocanada de aire fresco del exterior.

Rebusqué un poco en el equipaje, hasta dar con mi pijama, que no tardé ni treinta segundos en terminar de ponerme, y me tumbé en la cama, intentando acomodarme. Había sido un día demasiado intenso, y di gracias porque pronto tocaría a su fin.

Al poco rato apareció una enfermera, muy simpática, ofreciéndome un poco de merienda.

- Le dejo aquí también la medicación para esta noche. Es su última pastilla azul de Sinemet.
- A partir de ahora ya no volverá a tomar nada, hasta nueva orden.

Al cerrar la puerta tras despedirse de ella, intenté, sin éxito, comer algo.

Me coloqué mis auriculares para escuchar un poco de música relajante, hasta que, una media hora después, la alarma del móvil sonó, advirtiéndome que debía tomar la última dosis de medicación. Engullí la pastilla entera, ayudado por un buen sorbo de agua fría, y, a los pocos minutos, acabé durmiéndome, pensando que hasta entonces la cosa no había sido tan dura.

El primer día de ingreso había llegado a su fin.

Om Namah Shivaya
diariodeunparkinsoniano

2022-02-20

Apenas quedan un par de horas para hacerme la dichosa PCR, el último salvoconducto que me permitirá poder ingresar en la clínica, este domingo por la tarde, de manera que los neurólogos puedan valorar los efectos que Parki ha producido en mi cuerpo, y decidir el siguiente paso.

De mi protección medicamentosa, tan sólo me quedan cuatro pastillas de levodopa, en forma de Sinemet.

Ayer, mi cuerpo, entró en una especie de letargo, como queriendo conservar la energía que le quedaba, prácticamente en cuanto me sentaba y me relajaba un poco.

Esta noche, aunque he dormido en medio de un mar de pesadillas, agitándome continuamente, cosa que me han confirmado, lo he hecho como un tronco, ni me he enterado.

Y al despertar, sobre las 5 y media de la mañana, he hecho lo que llevo ya haciendo desde hace unos días: Mis ejercicios de yoga, hace tiempo relegados por los que me suele prescribir Lorenzo todos los martes, el fisioterapeuta de la asociación de Parkinson ANAPAR.

Por ciertos motivos, el principal, por ser precavido ante la enésima ola del COVID-19, llevo bastantes meses alejado de su práctica, en Irotz, un pueblecito situado a unos kilómetros de Pamplona.

He preparado mi esterilla, descolorida y avejentada por el paso del tiempo y de mis pies.

Unos centímetros pegada a ella, he colocado mi altar personalizado formado por una pirámide de madera, regalo de mis sobrinos, y los dos elefantitos, uno más grande que el otro, que, en su primera visita, Olga y Eugenio, me regalaron.

Y, justo a su lado, he colocado el soporte de madera que un día me regaló Esme, y en él, una de mis barritas de incienso, que, finalmente, he encendido.

Mientras hacía mis movimientos y por mis auriculares inalámbricos iban sonando aleatoriamente las canciones que tantas veces he escuchado durante las clases, mi mente, inevitablemente, viajaba al pasado.

Y me he visto en aquella sala enorme, primero solo, como cuando llegaba a primera hora, y me gustaba entrar sigilosamente en ella, colocándome al fondo, a oscuras y en silencio, para disfrutar de su calma.

He recordado los saludos a mis compañeros, conforme iban llegando: Conchi, Mar, Txus, Ana, Miren, losu, Mariam, que iban entablando conversación, haciendo tiempo, para que, finalmente, entrara Omkar apresuradamente.

Las clases de Yoga de Omkar son especiales. Son un poco como es él, si me lo permite, anárquico, aunque mantienen su orden, su orden desordenado.

Canción tras canción, he recordado esos bailes al principio de la clase, a modo de calentamiento, y que tanto me desestresaban, mientras mi cuerpo, casi de manera autómatas, los iba imitando.

Después, he hecho unos cuantos saludos al sol.

Más y más movimientos, al ritmo de la música, acompasando mi respiración, y sin importarme un carajo los temblores, casi compulsivos, de todo mi lado derecho.

Para finalizar, ya sudoroso, me he sentado en la esterilla, y cuando me he terminado de acomodar, por los auriculares han empezado a sonar las primeras notas de ese saludo en forma de mantra, “Om namah shivaya”.

Instintivamente, he empezado a cantar, mientras, sin poder evitarlo, las lágrimas han empezado a brotar de mis ojos, en medio de una mezcla de sentimientos.

Y, poco a poco, se han ido uniendo a mí las voces graves de Omkar y de losu, mientras, al fondo, se escuchaban con fuerza las de Ana y de Miren, y a mí lado, tímidamente, las de Conchi, Mar, Txus y Mariam.

Cuando me he dado cuenta, había mucha más gente cantando conmigo:
Todos y cada uno de los que me habéis apoyado.

Y entonces, he sabido que aunque no tenga la protección medicamentosa,
llevo algo mejor conmigo, y que me protege.

Y entonces, me he sentido profundamente agradecido.

Om namah shivaya.

Cuestión de química diariodeunparkinsoniano

2022-02-21

Me desperté como siempre, desde hacía ya bastante tiempo, en medio de una pesadilla, pero esta vez en una cama extraña y desconocida.

Con las manos empecé a tantear en la oscuridad, hasta encontrar mi móvil.

- ¡Uff, todavía son las dos de la mañana! - demasiado pronto incluso para mí, pensé.

Sin terminar de espabilarme, miré por la ventana. Los semáforos, intermitentes a esas horas, invitaban a seguir durmiendo, y, sin pensármelo dos veces, volví a la cama, donde acabé dormido de nuevo, sin demasiadas dificultades.

Sobre las cinco de la mañana, volví a despertarme, pero esta vez ya no pude dormirme de nuevo; los espasmos de mi brazo y pie derechos no me dejaban hacerlo. No quise pensar demasiado en lo que iba a pasar a partir de entonces, cuando ya no quedara ni rastro de medicación en mi cuerpo.

Al poco rato no pude aguantar más en la cama, así que me levanté e intenté hacer mis ejercicios: primero, los indicados por el fisioterapeuta, y después, los aprendidos en las clases de yoga.

Después, más relajado, me senté junto a la ventana, mirando, de nuevo, al exterior. La ciudad, poco a poco, se iba desperezando. Los semáforos habían empezado a funcionar como siempre, e iban dando paso a los coches, que habían ido formando una fila, siguiendo, rigurosamente, el orden en la cola, al estar el disco en rojo.

La tonalidad del cielo, entre rojiza y violeta, indicaba la salida inminente del sol, asomando por el horizonte, mientras que las habitaciones del edificio de enfrente se iban iluminando, paulatinamente, dejando ver su interior.

Dirigí la mirada hacia lo lejos, deseando estar, en ese preciso momento, caminando por aquellos montes que se veían al fondo, disfrutando de la

naturaleza.

Intentando abstraerme de los movimientos de mis extremidades - cada vez más convulsos, más rápidos que el aleteo de un colibrí -, me tumbé en el sillón relax y abrí mi e-book para empezar a leer el último libro de mi autor favorito, dejando que así, pasase el tiempo.

Sobre las ocho de la mañana, apareció una enfermera para comprobar mi estado de salud.

- Saturación, presión arterial y pulsos perfectos, me indicó la enfermera, un poco antes de dejarme, nuevamente, sólo en la habitación.

El ruido de la puerta, volviéndose a abrir, me sacó del estado de letargo en el que había entrado mi cuerpo, como queriendo ahorrar la exigua reserva de dopamina que todavía conservaba.

Era mi nueva neuróloga, acompañada por un séquito de médicos estudiantes, ávidos por aprender.

- Buenos días, ¿ha descansado? ¿qué tal se encuentra? - preguntó, sonriente, como queriéndome hacer sentir más cómodo.
- Bien, bastante bien. Mejor de lo que me esperaba - respondí, sonriendo también.

Mientras tanto, uno de los alumnos se afanaba por anotar todo, sin parar de teclear en el portátil que acunaba entre sus brazos, y otro, empuñando su móvil, comenzó a grabarme, registrando hasta el más mínimo detalle, fotograma a fotograma.

- Extienda el brazo derecho. Abra y cierre la mano, lo más rápido posible. Además, quiero que cuente desde cien de manera descendente, restando de siete en siete.
- ¡Rayos! ¡La dichosa resta de siete en siete! - farfullé, intentando calcular el siguiente número más bajo, y, a la vez, encontrar el patrón de repetición, que me permitiera hacerlo más fácilmente y sin equivocarme.
- Como si fuese una cría de pájaro en su nido, forme el pico con los dedos índice y pulgar, e intente abrir y cerrar, sin pausa, lo más rápido posible. ¡Ah!, ¡no se olvide! ¡Vuelva a descontar de siete en siete, otra vez desde cien!

Después de unos cinco minutos, volví a repetir los mismos ejercicios, pero esta vez con la parte izquierda de mi cuerpo.

De esa manera, desviando la atención para dedicar el cerebro a una tarea complicada, eran capaces de conocer el estado real de las extremidades, y, sobre todo, ver si Parki había conseguido ganarme terreno en el lado izquierdo, aparentemente no afectado.

Los alumnos prestaban atención, y terminaban, tímidamente, las frases que la doctora dejaba incompletas, para explicar lo que técnicamente me estaban haciendo.

Por fin, se cerró de nuevo la puerta de la habitación y pude desparramarme, rendido, por el sillón relax.

Había sido complicado, si tenemos en cuenta que mi cuerpo no me había dado tregua, temblando continuamente, sin parar. Aún así estaba relativamente contento: hasta ahora, no había visto nada nuevo: Parki había sido bastante sincero conmigo.

Nuevamente, se abrió la puerta. Esta vez era el neurocirujano que me iba a operar más adelante, cuando el resultado de las pruebas resultara satisfactorio.

- ¿Qué tal se encuentra? - preguntó.

Y, sin esperar respuesta, fue girando mis muñecas, intentando detectar algún tipo de anomalía, anotándola mentalmente.

- ¡Quiero ver esa distonía en la pierna derecha! ¡Sí, esa de la que tanto se queja, pero que no nos ha mostrado hasta la fecha!

Siguiendo la orden, empecé a recorrer, paso a paso, cada centímetro de la habitación.

- Nada... se resiste doctor - le dije al neurocirujano.
- No se preocupe que tenemos tiempo. ¡A ponerse el chándal y las zapatillas!, ¡y empiece a caminar por los pasillos, hasta que agote toda su dopamina! No vuelva hasta que lo consiga... - me advirtió.

Paso a paso, zancada tras zancada, alcancé el ascensor, hasta bajar a la planta baja, y empezar a recorrer mi particular tour: La cafetería, llena a rebosar de gente, intentando llevarse algo a la boca, y recordándome que seguía en ayunas; La zona de admisión, donde conocí a aquella amable

señorita; La puerta de entrada, girando y girando sin parar, invitándome a salir...

- ¡Maldita sea! ¡No hay manera! - Rabioso, aceleré el paso, intentando gastar todas mis reservas, hasta que, a los diez minutos, por fin, lo conseguí.

Aunque ya lo había sufrido otras veces, esta vez el dolor era insoportable. Los dedos de los pies se retorcían hasta límites insospechables mientras un dolor intenso subía por toda la parte posterior de mi pierna derecha, hasta llegar al glúteo. Todos, absolutamente todos los músculos de la pierna se tensaron, hasta el punto de que no puede doblarla. Intenté seguir andando, pero se produjo una especie de inversión, en la que mi pie se doblaba hacia adentro. Era algo parecido a cuando pisas mal y te produces un esguince.

En esa situación, aunque te intentas abstraer, es imposible continuar caminando. Lo intenté hacia atrás, incluso intenté correr, pero nada, no hubo manera.

Renqueante, me arrastré como puede hasta el ascensor, con la ayuda de Mariam. Un enfermero, al verme en ese estado, se apiadó de mí y me montó en la silla en la que estaba sentado, para volver, de nuevo, a mi habitación.

- ¡Avisa al doctor, por favor!, le imploré.

No hubo manera de localizarlo. El juego del gato y el ratón se repitió varias veces, hasta que, por fin, el doctor pudo verlo con sus propios ojos.

- No se preocupe, en cuanto le hagan la resonancia magnética, para ver el estado general de su cuerpo, daré órdenes para que le mediquen, pero sólo hasta la dosis de las diez de la noche. Mañana debemos continuar con las pruebas, y otra vez deben ser sin medicación.

A los pocos minutos, me encontraba viajando por los pasillos de la clínica, montando en una silla de ruedas. Es una sensación extraña, la de moverte casi a ras del suelo, saludando a la gente que te encuentras en el camino, y no poder controlar por tí mismo el movimiento. Me recordó un poco a los

primeros planos de “agárralo como puedas”, y al hacerlo, no pude evitar (ni tampoco quise), una sonrisa.

Los treinta minutos de la resonancia se me hicieron interminables, por no decir eternos. Te colocan un casco, embutido entre una especie de espuma para que no se mueva la cabeza, y te dicen que bajo ningún concepto te muevas, algo prácticamente imposible en tu estado.

- ¿Podéis ponerme peso en la pierna, y dejarme algo para sujetar con la mano?. Es que de esa manera, puedo controlarlo un poco más, les supliqué.
- Clac, clac, clac. Rimmmm, rimmmm, rimmm, yiii, yiii, yiii, el escáner no dejaba de emitir multitud de infernales ruiditos, de manera repetitiva, que mi temblor replicaba, al mismo ritmo, mientras yo intentaba abstraerme, respirando con dificultad, intentando tragar aire, con la dichosa mascarilla para el COVID de por medio.
- ¡Aguanta, aguanta un poco más! - me animaba.

Cuando ya casi no me quedaban fuerzas, habiendo tensado todos los músculos del cuerpo, una voz metálica, casi salida de ultratumba, me informó que ya habíamos terminado, y yo, resoplé, aliviado.

Me levantaron con cuidado, empapado en un charco de sudor, por el esfuerzo y la tensión, y, al poco rato, ya estaba de nuevo sentado en la silla de ruedas. Esta vez el viaje fue bastante más relajado, camino de la habitación, donde, como premio, me esperaba una dosis de levodopa, que casi no me hizo efecto.

Y, horas más tarde, al poner la última pastilla del día en mi boca, extendí el brazo, ofreciendo, a modo de brindis, el vaso con agua, al tiempo que exclamaba:

- ¡Cuestión de química!

Challenge

diariodeunparkinsoniano

2022-02-23

Sobre las cinco de la mañana, los temblores me volvieron a despertar, como la noche anterior.

Las dos miseras pastillas de levodopa que me habían dado (la última sobre las 10 de la noche), apenas me habían hecho efecto, probablemente porque fueron directas a la zona más profunda de mi cerebro.

Como la noche anterior, inicié la misma rutina: Los ejercicios acompañados por la música, y después, un poco de relajación, respirando pausadamente.

Al acabar, mientras me dedicaba a mirar por la ventana como los coches se iban agolpando en los semáforos, repasé, mentalmente, el menú para el día:

- De primero, la enfermera comprobando mis constantes vitales; Por supuesto, nada de desayunar.
- De segundo, probar una nueva medicación y comprobar de nuevo mi estado.
- Y de postre, la evaluación cognitiva.

Lo de probar la medicación, en principio, no entraba en mis planes originales. Es algo que la neuróloga me propuso, y que resolvió el extraño enigma de haberme atiborrado, desde la semana anterior, con unas nuevas pastillas, cuyo principio activo era la Domperidona, y que principal virtud es evitar las náuseas.

La idea era ir ajustando la dosis que yo necesito para después, ya operado, poder medir “empíricamente” sus efectos sobre mi cerebro, a través de mis nuevos y flamantes instalados cables.

Cuando me lo comentaron, no me lo pensé dos veces: ¿Que hubiera sido de mí, si alguien, de manera altruista, no hubiera probado antes los efectos de la levodopa?

Para empezar bien el día, decidí afeitarme en condiciones, para después meterme debajo del relajante chorro de agua de la ducha, utilizando todo lo posible mi mano derecha, accionando los músculos antagonistas a los que temblaban desbocados, como me había ido enseñando mi fisio previamente.

Sobre las ocho de la mañana, apareció la enfermera para comprobar las constantes.

- Saturación, presión arterial y pulsos perfectos, me confirmó, prácticamente como el día anterior.

A las nueve, más o menos, otra vez el ruido de la puerta me alertó de la llegada del segundo plato.

- Buenos días, ¿que tal te encuentras hoy? - preguntó la neuróloga, esta vez acompañada por un enfermero y dos enfermeras, todos muy jovencitos, que arrastraban una máquina portátil para comprobar las constantes.

Me invitaron a sentarme en una silla, al tiempo que me colocaban el brazalete hinchable para medir la tensión, y la neuróloga rompía el plástico protector del paquete que llevaba entre las manos, que no era otra cosa que una serie de muestras de la medicación experimental, acompañadas de las instrucciones a seguir.

- Mirad, se dirigió a sus alumnos. Tenemos que apuntar en esta hoja las constantes, a intervalos de dos minutos, y anotar en esta columna de observaciones, cualquier incidencia que ocurra. Yo iré inyectando de manera subcutánea las dosis, cada cinco minutos, hasta que veamos que deja de temblar - prosiguió.

La primera dosis, colocada con bastante arte en un pliegue de piel de mi tripilla, no consiguió que mi temblor cesara.

- Anotad: 120 / 77 de tensión, 99% de saturación, 68 pulsaciones - ordenó.

Fue pasando el tiempo, hasta que llegó el momento de la segunda dosis. Resultado: Empecé a marearme y a ver todo como en una nube.

- ¡Arriba con él!, me subieron de golpe de la silla a la cama, haciéndome sentir como el Cristo del Gran Poder.
- ¡Subidle los pies, que estén más altos que la cabeza!, -ordenó la doctora, al tiempo que el enfermero fuertote me sujetaba los pies.

No llegué a perder el conocimiento. Poco a poco me fui recuperando, pero, eso sí, nadando en sudor. La doctora iba explicando a sus alumnos lo que me había pasado, y les aconsejaba que era bueno poner los pies en alto para que la sangre retornara mejor al cerebro. Mientras tanto, yo insistía, una y otra vez, que se me estaba pasando, y que podía seguir con el experimento.

Por supuesto, no hubo más intentos. Resultado: Intolerancia a la nueva medicación, y exclusión, aunque con honores, del ensayo clínico.

Me costó como una hora recuperarme, tiempo justo para que llegase el neurocirujano y repitiésemos la misma batería de pruebas del día anterior.

- Bueno, ya me han dicho que su presión ortostática no ha aguantado - me dijo
- Después vendré con la doctora, a terminar de examinarle en su estado OFF.

Al rato, volvieron a aparecer los dos, pero esta vez anotaron todo en una especie de tabla, donde, junto con cada una de las pruebas, indicaban el resultado, en forma de número.

- Levantarse después de estar sentado: 1; Equilibrio: 1; Torsión del cuello: 1; Braceo al andar: 1...
- Ya casi hemos terminado... - me iban diciendo. Ahora le daremos una mayor dosis, y comprobaremos lo mismo, pero en estado ON.
- Además, retrasaremos el resto de pruebas para mañana, le daremos ya su medicación habitual, y podrá irse a casa. Así usted tendrá tiempo para descansar mejor y hacerlas sin presión.

Minutos después, una enfermera apareció con la dosis “challenge” (en inglés, algo así como desafío), que no era otra cosa que pastilla y media de Sinemet, disuelta ya en agua, para que su absorción fuese más rápida.

- Bueno, esta fase ya casi está completada - pensé. Solo necesito un

poco más de tiempo, y enseguida estaré en casa.

La dosis, poco a poco, fue haciendo su efecto.

- ¡Uffffff! - Respiré, aliviado, cuando por fin, el pie y la mano dejaron de tener vida propia.

Un poco más tarde, otra vez el test, pero esta vez en estado ON.

- Ah, pues si que mejora, fíjate como ahora bracea mucho más, comentaban entre ellos.
- ¡Venga, no se quede mirando, a restar otra vez de siete en siete!

Esta vez, mi cerebro carburaba mejor, consiguiendo restar tres o cuatro veces seguidas y sin equivocarme.

Después de eso... poco más: Hacer el equipaje apresuradamente; Comer tranquilamente, a la espera de la carta de libertad; Salir por la puerta del hospital, cansado, pero sonriente; Llegar a casa y tumbarme, aliviado, en la cama, y pensar... que ya sólo queda una prueba, pero al día siguiente, y que casi había completado con éxito el desafío, mi particular "Challenge"

Día de escuela diariodeunparkinsoniano

2022-02-23

Con esa puntualidad británica que le caracteriza, Parki volvió a despertarme a las cinco de la mañana.

- Por lo menos esta vez ya puedo desayunar y empezar a tomar toda la medicación - farfullé, a modo de consolación.

Además, estaba bastante intrigado por las últimas palabras de los doctores, al despedirse de mí el día anterior:

- Recuerda, mañana tienes que venir lo más despejado posible para hacer las pruebas cognitivas - me dijo la neuróloga, sonriendo.
- ¡Bahh! ¡No va a tener ningún tipo de problema, que es informático! - refunfuñó, a modo de reprimenda, el neurocirujano.
- Por si acaso, calcula cuando debes tomar la medicación para venir en estado ON. Nos veremos en breve - se despidió de mí la doctora.
- ¡Mañana, a la escuela! - me ordenó el neurocirujano, al desaparecer por la puerta.
- ¿Qué demonios será eso de las pruebas cognitivas? - pensé, mientras empezaba a amanecer, esta vez, de nuevo, en casa.

La lógica me decía que debía ser algo así como evaluar mi estado mental, en cuanto a razonamiento y memoria.

- ¡Un examen! - las luces y sirenas internas de mi cerebro empezaron a sonar, avisándome y poniéndome en estado de alerta, como cuando era estudiante y llegaba aquella temida época.

Mariam intentó tranquilizarme.

- No te pongas nervioso, sólo es una evaluación, no un examen. - No tienes que tener en cuenta la nota.

Al poco de llegar a la consulta, vino a mi encuentro otra doctora, acompañada de otro ayudante-estudiante, saludándome efusivamente, como si me conociesen de toda la vida.

- ¡Antonio, bienvenido! Primero te haremos unas preguntas bastante

sencillas, así que no te preocupes - me animaron, cómo si hubieran adivinado mis pensamientos.

El despacho era muy pequeño, y apenas cabíamos los tres. Al mando del ordenador estaba la doctora, y junto a ella, el joven estudiante que, como contagiado por la vitalidad de la doctora, no paraba de sonreír, algo que realmente agradecí.

- Aquí tienes esta hoja, que iremos rellenando despacio. Formularemos la pregunta y yo te explicaré todo antes de que nos des la respuesta - me dijo el joven, dirigiéndose hacia mí.
- Vamos a empezar: Primera pregunta, identifica estos animales, piensa un poco - señaló con el bolígrafo sobre unas imágenes.
- Elefante, rinoceronte y ... dromedario, tardé unos segundos en contestar, viendo que sólo tenía una joroba.
- Si, dromedario porque si tuviese dos jorobas sería un camello... - apostillé, mirando a los ojos al estudiante.
- ¡Muy bien! respondió el, mientras yo resoplaba, pensando que esta vez no me habían pillado.
- Ahora te voy a mostrar una serie de dibujos, de dos en dos. Me tienes que decir cual es su relación.
- Vamos a ver, esta zanahoria y esta lechuga, ¿qué tienen que ver?, me preguntó.
- En que son vegetales, y también en que son comestibles, contesté.
- ¡Muy bien, perfecto!, recalcó, como queriéndome dar confianza.
- Siguiente pregunta: ¿Ves este espacio en blanco? Pues quiero que dibujes en él un reloj, y que pongas las horas. Cuando acabes, quiero que marques las 11 horas y 10 minutos.
- ¡Gluppp! ¡Dibujar! protesté, mientras en mi mente revivía aquel calvario por el que pasé en su día, en la selectividad, cuando tuve que dibujar la planta, alzado y perfil de aquella diabólica figura geométrica, que todavía se me aparece en sueños.

La circunferencia, por llamarla de alguna manera, era más una especie de neumático desinflado y birrioso, y las marcas horarias, las tachuelas que lo habían pinchado.

- Es que con el temblor... -intenté justificarme, viendo aquel dibujo cochambroso, que hubiera hecho infinitamente mejor un niño de dos años.
- Nada, no te preocupes, - se apiadó de mí la doctora. Ahora, escribe por favor, las horas. Y cuando acabes, marca las 11 y 10.

- ¿Dónde demonios las voy a poner? - pensé, viendo lo diminuta que había hecho la circunferencia.

Y, como un banderillero novato, con los ojos medio cerrados y mordiéndome la lengua, me lancé a escribir los números, cantándolos a la vez, cual niño de san Ildefonso.

- La una, las dos, las tres... - joer, si no me cabe, pensé.
- Las cuatro, las cinco... y así hasta las doce, mientras me iba poniendo más y más rojo, evitando alzar la vista, todo avergonzado.

Después, para rematar, y como no podía ser menos, tuve que poner mi sello inconfundible, el inevitable tachón, al equivocarme y dibujar el minuterero apuntando al número 10, en lugar del número 2, víctima de mis nervios.

- No importa, no importa, no te preocupes que está muy bien, me intentaban, sin éxito, consolar.

Llegó el turno de las preguntas. Cientos y cientos de preguntas, todas ellas sencillas y del tipo “nada, muy poco, poco, mucho”. Algunas repetidas, pero en lógica inversa, como queriéndote despistarte, y que yo intenté responder lo más sinceramente posible.

Después de casi media hora, me hicieron pasar a otra sala, tras despedirse de mí cariñosamente.

El despacho era bastante más amplio que el anterior, aunque apenas tenía decoración. En el centro, una mesa muy amplia y llena de papeles, y al fondo, un montón de libros, embutidos en estanterías, llamaron mi atención.

Un frío helador recorrió mi espalda, al mirar hacia la mesa y descubrir aquel amasijo de trazos tan familiar: Mi reloj-neumático, con su inconfundible tachón.

Poco a poco fuí elevando la vista, lentamente, hasta encontrarme con la mirada de una nueva doctora, esta vez bastante más seria, que me hizo revivir lo que sentí la primera, y única vez, en la que “me mandaron al director” hace ya tantos años, en mis tiempos de bachillerato.

Junto a ella, otra doctora, que por la edad, un poco más joven, deduje que se trataba de una de sus alumnas.

- Es curioso, como se parecen, sobre todo en la mirada, a cada cual más gélida, - pensaba, mientras las observaba.

Buenos días, señor Liberal - la forma de decirlo, tan seria, me puso en alerta. . ¿Qué nivel de estudios tiene? Después de terminar la carrera, ¿ha hecho algún master? ¿cuánto hace de ello?

Me recordó un poco a cuando vas a jugar al trivial, y, según tus estudios, la dificultad de las preguntas varía.

Después de contestar a todas las preguntas académicas, llegó el turno de la evaluación.

- Aquí, en estas tres hojas, hay 15 nombres. Por favor, intente memorizarlos - me explicó.
- ¡Recórcholis! - pensé, mientras intentaba formar una frase con todas ellas, para recordarlas más fácil.
- El caimán se comió al dromedario mientras el cuervo se comía un trozo de apio y huía en el automóvil...

Como cuando un mago te enseña sus cartas, al comienzo de su número, la doctora no tardó en esconder las suyas en forma de láminas, así que, prácticamente, no me dió tiempo a nada.

- ¿Ve este dibujo? Pues quiero que lo copie en este folio, - me explicó, mientras me ofrecía también un lápiz, y activaba un cronómetro.
- ¡Albricias! ¡otro dibujo, y esta vez a contra reloj!, - protesté- a la vez que empuñaba el lápiz y llenaba de garabatos el virginal folio, hasta entonces inmaculado.

Que decir... cualquier parecido con la realidad... en mi defensa puedo alegar que ya de por sí, la figura original no se parecía a nada conocido.

Las doctoras se miraron entre ellas. Sólo les faltó llevarse las manos a la cabeza, mientras que yo, me ponía cada vez, más y más rojo.

- Siguiente prueba, al número 100... vaya restando de 7 en 7 - mientras el clic del

cronómetro marcaba el comienzo.

- ¿Otra vez? ¡No puede ser! 93...85, no 86.... otro clic marcó el final de la prueba.
- ¿Se acuerda de las 15 palabras del comienzo? - ¡pues venga, desembuche!
- Caimán, turquesa, armario, automóvil, colador, dromedario... ¡leñe, que no me acuerdo de más!
- ¡Haga el esfuerzo, inténtelo!, mientras pensaba, ¡tierra, trágame!

Después... más y más pruebas: El simón dice, repitiendo, como un lorito, la secuencia de números cada vez más grande, o, mucho más difícil, en sentido inverso; asociaciones de frases con las palabras iniciales; nuevo intento de recordarlas; decir los colores que aparecen escritos en palabras, y a continuación, decir el color en el que están pintadas, distinto al que pone en ellas; palabras relacionadas; el descifrar una frase, sustituyendo símbolos por letras, hasta hacerla inteligible... cientos y cientos de pruebas, con la dichosa resta, siempre intercalada...

Acabé exhausto. No me dijeron el resultado, pero creí haber dado la talla, porque puse el mismo afán que cuando era estudiaba.

Ahora, como siempre, toca esperar el siguiente paso... los preparativos para la operación quirúrgica. Pero eso será, ya, otra historia.

¡Es la hora, es la hora!

diariodeunparkinsoniano

2022-05-28

Si al leer el título de esta entrada has terminado inconscientemente la frase con "... es la hora de jugar", retrocediendo a mediados de los 90, te voy a dar una mala noticia, que seguramente ya conozcas: Eres un poco viejuno, o por lo menos tanto como yo. Por aquel entonces, Xuxa, esa presentadora brasileña que reinó unos años en la parrilla televisiva, a caballo entre el de la genuina Miriam Díaz Aroca, y el de la rocambolesca Leticia Sabater, era la apuesta que hacía Telecinco para hacerse con la audiencia infantil, o más bien la de los padres, sospecho, viéndolo ahora con la objetividad que da el paso del tiempo.

No, yo no me refería precisamente a eso.

Más bien me refería a que ha llegado el momento, la hora de mi intervención quirúrgica para el implante de los estimuladores neuronales, que hagan que mi cuerpo vuelva a funcionar como debe.

Han pasado casi tres meses desde las pruebas en la Clínica Universitaria de Navarra, que acabaron, por una parte, con el visto bueno de los neurólogos para la implantación de los estimuladores neuronales y por otro, con la fecha del 2 de Junio de 2022 marcada con un círculo rojo, muy gordote, en mi calendario parkinsoniano.

A aquellas pruebas le siguieron unas cuantas más, pero de todas ellas, la más dura, con diferencia, resultó ser la Tomografía por Emisión de Positrones (P.E.T). Detrás de ese nombre tan intrigante, que inevitablemente me hizo recordar las horas y horas de lectura pasadas en mi juventud, recostado en la cama, de madrugada, devorando hoja tras hoja cualquiera de las novelas del malogrado Asimov, se esconde una técnica de medicina nuclear, que consiste, hablando clara y llanamente, en inyectarte un fármaco radiactivo por vena, una especie de "chivato" capaz de combinarse con algunas sustancias como la glucosa, y que las neuronas utilizan para su funcionamiento. Al ser el fármaco radiactivo, van

desprendiéndose de sus átomos partículas que lo forman, los positrones, que acaban siendo detectados, o más bien sus colisiones con otras partículas, por la dichosa maquinita.

De esa manera, y casi por carambola, las zonas de tu cerebro más activas acaban siendo también detectadas y representadas gráficamente.

Es algo así como alzar la vista y dirigir tu mirada hacia la negrura profunda del cielo del inmenso universo que es tu cerebro, y descubrir en él unas lejanas galaxias, luminosas y multicolores, que son tus neuronas, pintadas en tonos que van desde el rojo al azulado, pasando por el amarillo, en función del grado de su mayor o menor actividad.

En realidad, la prueba en sí no fue dura: Te ponen una vía por la que introducen el fármaco, y te sientas a esperar, hasta que “te pasan por la máquina” durante unos 15 minutos, que transcurren silenciosamente, mientras tu luchas por no moverte y te sientes desorientado sin saber como enfrentarte a ese silencio, cuando esperabas pasar por el infierno de un escaner tradicional, lleno de sonidos chirriantes.

Lo realmente duro fue el tener que dejar de tomar, horas antes, la medicación, pero esta vez sin estar ingresado en la clínica, porque cuando las reservas dopamínicas se acabaron agotando, la pierna derecha se bloqueó completamente, inmovilizando todo mi cuerpo, de manera inmisericorde.

Gracias a Marian y a mi amigo Felipe, que acudió al rescate con su furgoneta negra, logramos llegar a la clínica, donde Felipe “se agenció” una silla de ruedas de las que había aparcadas en la entrada, de esas de tipo deportivo, muy manejable y ligera. Ese fue mi medio de locomoción, hasta que ya entrada la tarde, pude tomar una dosis de mi pócima mágica de levodopa, y mi cuerpo volvió a su ser, haciéndome sentir otra vez fuerte, como cuando Popeye se toma sus espinacas, disponiéndose a liberar a Olivia, atrapada y cautiva, retenida por el malvado de Brutus.

Desde entonces esos bloqueos han ido aumentando, y lo que antes era esporádico ha acabado siendo rutinario, de manera que prácticamente el cien por cien de las veces que me arriesgo a andar en esa franja horaria fatídica que va desde media hora antes de la toma de levodopa, hasta

media hora después, acabo paralizado y agarrado irremediablemente a la farola o al árbol más cercano, o apoyándome en una pared, esperando pacientemente a que mis músculos se relajen de una vez, y me permitan continuar la marcha.

Particularmente, esto me ha ido ocurriendo cada viernes por la tarde al intentar huir, escapando de la cárcel de cristal que se ha convertido mi casa, donde últimamente me había atrincherado tele trabajando, delante de la pantalla de mi ordenador, vigilado a todas horas por la mirada indiscreta del objetivo de la cámara integrada de una tablet que, en conexión permanente, me tele-transportaba en mili segundos al lado de mi querido y amado jefe.

En ese tiempo de pausa forzada, en el que los dedos se retuercen y el pie se dobla hacia dentro hasta límites insospechables, es muy difícil abstraerse y no pensar en nada. Lo primero que se te viene a la mente es que esto es una putada, porque te sientes como uno de esos perros pequeñajos que están llenos de energía y que empiezan a trotar, alejándose felices de su dueño, estirando la correa, que se va haciendo más y más larga, hasta que frenan repentinamente, sintiendo en el cuello el ahogo sofocante de su collar. En esas estás, luchando por liberarte del yugo de tu collar imaginario, intentando sacar fuerzas de donde ya no las tienes, cuando algún conocido se acerca y te saca de tus pensamientos, extrañado, al verte en esa rocambolesca postura, y que acaba, la mayor parte de las veces, acompañándote, mientras intentas tranquilizarle, quitándole hierro al asunto.

Después, ya más calmado, al notar que la presión de la pierna se afloja, animándote a seguir, empiezas a buscar con la mirada tu siguiente objetivo: ese banco o rincón más cercano al que llegar, deseando tener, en esos momentos, un tele-transportador instantáneo, de esos de los que aparecían en los primeros capítulos de Star Trek, o una de esas telarañas pegajosas de Spiderman, que le permitían avanzar, sin apenas despeinarse, saltando de edificio en edificio.

En fin, como decía, es hora de volver a mirar hacia adelante y de conjugar todo eso con verbos en tiempo pasado.

Porque ayer, por fin, me pude liberar del yugo del trabajo, al menos el tiempo que esté de baja, que será, seguramente, de unos tres o cuatro meses.

Es hora de mirar hacia adelante, de dejar todo atrás, de coger fuerzas e impulsarse.

En apenas un par de días, el ingreso, en la que será mi residencia “pre-veraniega” durante los próximos 15 días, la CUN, la Clínica Universidad de Navarra. Otro par de días más, y llegará la hora de la intervención...

Así que, ahora sí:

¡Es la hora, es la hora!

¿Qué quieres ser de mayor?

diariodeunparkinsoniano

2022-05-31

Hace unos días mi teléfono volvió a vibrar y, como otras veces, en la pantalla apareció un número desconocido. Descolgué el teléfono para acercarlo hacía mi oreja, dispuesto a escuchar una voz fría, sintética y deshumanizada, ofreciéndome la mejor oferta del mega-universo de internet, preguntándome cómo demonios se había colado la llamada, saltándose las barreras impuestas por el algoritmo de Inteligencia Artificial del filtro anti-spam de mi ultra-moderno móvil fabricado en algún recóndito lugar del mundo. En su lugar, encontré el sonido familiar de una voz que desprendía -lo supe después -, pasión por su trabajo, y que me preguntaba si era yo, al mismo tiempo que se disculpaba por la hora de la llamada.

Era Javier, el director de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales, Informática y Telecomunicaciones de la Universidad Pública de Navarra, mi Alma Mater, mi universidad, “la uni”, como la llamábamos nosotros, sus primeros discípulos, tuteándola de manera natural, cómo cuando hablas con alguien que ha crecido contigo, y que ha vivido en directo muchos de los capítulos más importantes de tu vida.

Javier me preguntaba, muy amablemente, si me gustaría apadrinar un acto que se iba a celebrar el próximo viernes, apenas un par de días más tarde, justo el mismo día en el que iba a aparcar mi vida laboral, poniéndola en pausa, para centrarme en cuerpo y alma en la intervención quirúrgica que me iban a realizar.

El reto consistía en hablar delante de unas cuantas promociones de Ingenieros, salidos, lustros a, de mi querida universidad, intentando evocar los recuerdos de aquella maravillosa etapa de su vida estudiantil, aprovechando mi título de “Ingeniero del año 2021”, otorgado por mis compañeros Telecom de la Asociación de Navarra.

Después de un rato de conversación, acepté la invitación. Decidimos rescatar parte del material utilizado durante la presentación de “mi nombramiento”, en parte por la premura y lo escaso del tiempo, y en parte por que en ella evocaba ese capítulo tan importante de mi vida, jugando con una especie de viaje al pasado.

Podía haberme quedado ahí, repitiendo sin más la presentación, haciendo sonreír a los asistentes, al recordar pequeños instantes de esa etapa, pero esa dichosa manía mía de ponerme en la piel de Indiana Jones, estando siempre en una continua búsqueda del Santo Grial de la perfección, me hizo buscarle otro sentido, otro hilo argumental, planteando a los asistentes una pregunta indiscreta, o más bien por el instante de tiempo en el que acababan sabiendo, al fin, su respuesta. Seguramente, ya la habrás adivinado, la pregunta que iba a plantear era: “¿y tú que quieres ser de mayor?”. Esa, que alguien en nuestra vida, más temprano que tarde, nos dispara a bocajarro, y que al principio te pilla tan sorprendido.

Es curioso como las hebras del caprichoso destino a veces se entrelazan sin tu quererlo, para ofrecerte una liana, firme y robusta, a la que agarrarte. Y es que, apenas unas pocas horas antes, con el día recién nacido, al realizar mi forzada y ya habitual parada “técnica”, sentado en un banco, resignado por la falta de combustible de dopamina, me encontraba triste y afligido, con los ojos llenos de lágrimas, tocada y herida mi alma, probablemente por lo sensible que me encuentro últimamente.

El lugar del evento, como no podía ser menos, el edificio que había pisado por primera vez una lejana mañana, ya perdida en el laberinto de mis recuerdos, de comienzos del curso 90-91, cuando iniciaba mi etapa de estudiante de Ingeniería Superior de Telecomunicaciones, y el guarismo de mi edad no superaba la cifra de los tiernos veinte.

La sensación, al entrar de nuevo a aquel edificio, después de tantos años, me hizo también retroceder al pasado, haciéndome recordar la primera vez que entré en él, hecho un manojo de nervios, iniciando una nueva etapa de mi vida.

Al cabo de un rato, en el que la gente fue poco a poco entrando y acomodándose en las hileras de mesas dispuestas geométricamente por

toda la sala, y en el que pude reconocer, de reojo, a una decena de mis antiguos compañeros de universidad, a algunos de los cuales no había vuelto a ver desde que terminásemos la carrera, hace ya más de 25 años, empezó el evento.

Después de una breve presentación por parte de Javier, abrí el acto, exponiendo en el proyector la presentación. Al terminar, continuó de nuevo Javier, mostrándonos en la pantalla fotografías que nuevamente, nos llevaron al pasado, intentando, con la nostalgia, atraernos de nuevo a la órbita de la escuela, que algunos, la mayoría, dejamos al acabar la carrera, para adentrarnos en nuestros mundos profesionales.

Los primeros inicios en el Sario, en un edificio medio prestado, donde no cabíamos y estábamos casi hacinados, y dónde yo personalmente conocí, por primera vez, el significado la palabra suspenso, de la mano de nuestro profesor de Física, Vicente Madurga, al no saber calcular, como muchos de mis compañeros, el maldito centro de masas que formaban el conjunto de un pajarillo, creo recordar que de un canario se trataba, la barra en la que se encontraba posado y la jaula, llena de barrotes, que, merecidamente, lo encarcelaba.

O el paso al aulario, un par de años más tarde, en aquel edificio tan moderno, y que costaba llenar, año a año, de mobiliario y de las necesarias herramientas para la enseñanza, y en el que fuimos testigos de primera fila de cómo iba creciendo a la par la biblioteca, primero sus cimientos, después sus muros, hasta que varias grúas fueron capaces de elevar su cúpula, distrayendo nuestra atención en más de una clase.

Después tomó la palabra el vicerrector de investigación, el señor Arregui, que nos sorprendió, soltando de sopetón, sobre la mesa, de repente, un buen taco de folios de aquellos reciclados, que usábamos en los exámenes, y que a más de uno y una se nos siguen apareciendo, todavía, en alguna de nuestras peores pesadillas.

Al acabar, intuitivamente, volví al lado de mis antiguos compañeros, que me acogieron cariñosamente como si los años, ahora medidos ya en lustros, no hubiesen pasado, volviendo al presente.

Si tú, personalmente, lo piensas un momento, seguro que acabas localizando en tu calendario vital ese preciso instante en el que supiste la respuesta. Incluso, si me apuras, puedes viajar a aquel momento, si marcas con cuidado esa fecha, seleccionando el mes, día y año en el display, luminoso y colorido de tu máquina del tiempo favorita, ese Delorean customizado que tienes en mente, o, si lo prefieres, te pones en el papel de Robert Taylor, y te vistes con sus pantuflas y su albornoz acolchado, para tirar de la palanca haciendo que retroceda el tiempo, y todo pase a cámara rápida alrededor de su máquina de estilo victoriano, más clásica y genuina de los años 50.

En mi caso, ese instante, ese “cuando” final, o más bien inicial, ese flashback en el que te topas con tu yo pasado, y escuchas la voz en OFF de Sophia, la abuelita de las chicas de oro, pronunciando la mágica frase de “Sicilia, 1930...” , ocurrió, más o menos, a mediados de los 80.

Podía haber sido un poquito antes, cuando aquel chaval, tímido y regordete que aprendía los principios de la electricidad, con su “Electro-L”, a base de calambrazos de 5 Voltios, procedentes de su fuente de alimentación, esa pila de petaca, de la que salían dos láminas de metal, que se conectaban al circuito eléctrico que uno se afanaba por montar, y, que tarde o temprano acababa tocando con la lengua, atraído y fascinado por algún tipo de hechizo demoníaco.

O ese otro cuando, envalentonado por los pequeños logros conseguidos, al reparar alguno de sus juguetes de plástico, se atreviera a jugar en las ligas mayores, donde, a base del ingenio heredado de su padre, unido a una buena dosis de pegamento semitransparente, acabó reparando su máquina electrónica, aquel “Caballo de Troya”, cuyos sonidos volvieron a atronar por toda la casa, para desgracia de su atormentada hermana, emitidos desde un rudimentario zumbador, que para aquel chaval sonaba mejor, mucho mejor, que el mejor de los home cinemas actuales.

No, no fue ninguno de esos momentos, lo recuerdo perfectamente, como si hubiese pasado ayer mismo.

El día en cuestión, aquel jovencito, con sus quince o dieciséis años, recibió un regalo inesperado de manos de su atormentada madre, harta ya de las

plegarias y ruegos de su fastidioso retoño: su primer ordenador, un Amstrad CPC464, con su gigantesca memoria de 64KB, procesador Zilog-Z80 a 4MHz, cuyo nombre hacía esconder la cabeza, aterrado bajo la protección de las sábanas, recordando, inevitablemente, la figura de una nave espacial enemiga, a toda velocidad, rompiendo el silencio del espacio, en la serie “Galáctica, Estrella de Combate”. Las 80.000 pesetas de la época, que eran lo que costaba el aparato, incluían un psicodélico teclado de genuino plástico, con sus teclas grises, rojas, verdes y azules, unido permanentemente a la CPU y a un magnetófono, donde se cargaban los juegos o programas, a una increíble velocidad, permitiéndote disfrutar de él, dejándote la vista delante de su pantalla, horas y horas, embobado.

El ordenador estuvo expuesto un tiempo en el escaparate de una tienda de muebles, cercana al patio del instituto de bachillerato, donde el chaval acababa de aterrizar, hasta que un día desapareció misteriosamente, para aparecer de repente en la habitación de su casa, como por arte de magia, donde a aquel chico le había costado llegar, arrastrando los pies, resignado, en lo que él creía ser el más miserable de los días, de su ya inútil vida.

Impaciente, asistió a lo que ahora llamamos “el unboxing”, lento y apático del empleado de la tienda que lo había traído, que no tenía la menor idea de lo que hacía, y que actuaba en silencio y como un autómatas, enchufando primero todos los cables, para después apretar el botón de encendido, colocar “Fruit Machine” en el magnetofón, una de las cintas que venían de regalo, elegida, no sé yo si muy aleatoriamente, hasta que, después de unos cinco interminables minutos de espera, en los que el aparato no dejó de emitir unos chirriantes sonidos, les animó a jugar, a su hermana y a él, una partida a la máquina tragaperras, llena de luces, sonidos y colores de tonos verdes, en la que se había convertido el ordenador, en un acto que hoy en día, le haría llevarse a más de uno las manos a la cabeza, y que hizo que a su hermana, ya a su tierna edad, le durara el interés por aquel ordenador, lo que a mi amado Sabina le duraban dos hielos en un whisky on the rock.

En realidad, el momento exacto en el que supo la respuesta a la pregunta ocurrió horas más tarde, cuando para el resto de la familia, el ordenador

dejó ya de ser una novedad... al abrir por primera vez su manual de instrucciones.

En él venían una serie de listados, de frases numeradas de diez en diez y que yo, aquel zagal, entendía de forma natural, como si ya las hubiese leído en alguna otra parte, y que si te armabas de tiempo y paciencia, y las tecleabas en el ordenador, palabra por palabra, se convertían en comandos que ejecutaba ordenadamente, y que hacían que la pantalla se llenara de colores o emitiese una extraña melodía, el “good save the queen”, que algún súbdito de la pérfida albión había decidido incluir, no sé si a modo de venganza por nuestro intento de conquista, de la mal llamada Armada Invencible.

Ese, ese fue el momento en el que conocí la respuesta, y que me hizo convertirme en lo que soy.

Y tú... ¿qué quieres ser de mayor?

Houston, ¡tenemos un problema!

diariodeunparkinsoniano

2022-06-02

Voy a serte sincero.

Llevo intentando escribir esta entrada desde hace unas horas, la primera vez a las 6:30 de hoy, día 2 de junio, la fecha marcada como la de la operación.

En lugar de estar dando vueltas en la cama de la clínica, intentando dormir para reservar la mayor cantidad de energía para la operación quirúrgica, me he puesto delante del portátil, con el ánimo por los suelos, cansado, muy cansado. Tanto que he cerrado el portátil y me he recostado sobre el sofa, durmiéndome profundamente, al instante.

A lo mejor una de las causas sea el que todavía queda en mi cuerpo la dosis suficiente de sedante, esa sustancia que utilizaron para que saliese perfecta la resonancia de mi cerebro, ese mapa que iba a servir a los neurocirujanos para ir sobre seguro y no perderse en el camino.

O, lo más seguro, es que mi cuerpo ha dicho basta ya y se ha plantado, intentando recuperar, de una sola vez, las horas y horas perdidas, despertándome de madrugada.

Lo cierto es que he dormido profunda y plácidamente durante horas, sin apenas agitación, algo que ya ni recordaba, actuando como un bálsamo reparador, y haciendo que lo vea ahora, en este momento, desde otra perspectiva.

Con ya todo preparado, con la última de las pruebas de mi particular yincana terminada, apareció por la puerta el cirujano jefe, para decirnos que la operación se aplazaba hasta el 28 de junio, casi un mes más tarde de lo previsto.

¡Houston, tenemos un problema!

La causa: El puñetero coronavirus, que ha hecho que una de las piezas esenciales, uno de mis médicos, no esté operativo, y que la maquinaria, tan precisa y sincronizada, se pare de manera irremediable.

En ese momento te sientes impotente, porque además es algo ajeno a tí.

Es como tener la meta al alcance de tú mano, y, en lo que dura un parpadeo, encontrarla a kilómetros, muy lejos, en el horizonte.

No puedes evitar exclamar ¡leñe! y decir ... otra vez en la casilla de salida. Otra vez el tener que ocultar la cara detrás de una mascarilla, y el no poder dar un abrazo o un beso, sin pensar que está en juego la operación. Y, lo que más duele, volver a despedirme de mis padres, viendo que sufren por mí. Como ya he mencionado varias veces, desde que empecé a escribir este blog, es una de las cosas que más me duele, el que sufran por mí.

No, me niego a pensar negativamente.

Es agua pasada, así que esperaré paciente a que todo se vuelva a alinear, y seré fuerte. Seguiré haciendo ejercicio y preparándome mentalmente para esa fase final, no me rendiré, estando tan cerca la recompensa.

Y por supuesto, seguiré yendo a visitar a mis padres bien erguido, aunque tenga que ir renqueando hacia su casa, o medio escondiéndome, como en los momentos más duros de la pandemia, jugándome alguna que otra multa, sin otro salvoconducto que una barra de pan o una bolsa de basura a medio llenar.

Llegará mi oportunidad diariodeunparkinsoniano

2022-06-06

Después del intento fallido de operación y su posterior aplazamiento tocaba recuperarse, coger impulso y seguir adelante.

Por ese motivo, con el objetivo de llegar con todos los depósitos de combustible a tope, para afrontar con más garantías si cabe el siguiente intento, tocaba alejarse de mi particular universo informático, donde últimamente me estaba refugiando demasiado, evadiéndome de la realidad y debilitándome más y más, sin yo darme cuenta, a cada momento.

Ni la comida del Sábado con mis padres, después de tantos meses de pandemia, ni las breves visitas del bueno de mi ya adolescente sobrino Ibai, estirando su escaso tiempo libre para intentar compartirlo conmigo, conseguían el objetivo de distraerme.

Tampoco la quedada inesperada con mis amigos, recordando viejas batallitas vividas, me terminaba de espabilar.

Al final, Marian, a base de insistir e insistir, y de intentar sacarme una sonrisa como cada vez que me ve bajo, física o mentalmente, consiguió que le acompañara a uno de sus ensayos de teatro, en Narvarte, un pueblecito de la zona norte de Navarra, a una distancia de unos 45 kilómetros de Pamplona, que era paso obligado en los viajes en coche con mi familia, camino del caserío donde nació mi madre, Sunbilla.

A regañadientes, casi forzándome a mi mismo delante del espejo, a punta de pistola y bajo amenaza de excomunión, conseguí autoconvencerme.

El sopor del viaje en furgoneta, unido al bajón físico que me produce la falta de dopamina, hicieron que al llegar a nuestro destino me encontrara desorientado, sin saber muy bien donde estaba.

Después de tomada la primera dosis vespertina de medicación, y habiendo pasado la primera media hora de seguridad, esa que me permite caminar

sin la amenaza de los bloqueos, terminé de espabilarme, así que me dispuse a reconocer el lugar, algo que hice al instante. Y es que, por muy atontado que estuviera, y aunque me hubieran arrojado allí desde lo alto de un helicóptero, con los ojos cerrados, no hubiera tenido ningún problema en hacerlo, en saber donde me encontraba.

Enseguida, reconocí el inconfundible desfiladero que forman los caseríos que bordean la carretera, y que hacen que se estreche cada vez más y más conforme te acercas, hasta tal punto de hacer imposible continuar la marcha, sobretodo si te topas de frente con un camión, justo en el momento de cruzar el puente sobre el río Bidasoa. Afortunadamente, eso es algo ya muy improbable, sobretodo desde que entró en funcionamiento la carretera de circunvalación, hace ya bastantes años.

Al encaminar mis pasos hacia la mitad del puente, descubrí una abertura, una especie de rendija estrecha entre dos paredes de piedra antigua, que daba acceso a la ribera del río, siguiendo un camino, medio oculto por la vegetación.

Sin dudarlo, me escurrí por aquella abertura, dispuesto a resguardarme de ese calor tan sofocante y húmedo, típico de la zona en estas fechas, casi a principios del verano.

El río, trascurriendo por entre miles de cantos rodados de diferentes tamaños, colores y formas, y una playa de arena gruesa de color rojizo, me trasladaron de nuevo a la infancia, donde, río arriba, apenas unos kilómetros más adelante, ese mismo agua, ya más embravecida, se estrellaba con fuerza contra las lindes de uno de los prados, salpicado de manzanos, del caserío de mi familia materna.

Un poco agotado por lo pasado todos estos días, me recosté sobre el tronco de un árbol, y cerré los ojos, concentrándome en aquel sonido para mí tan familiar, a la vez que hipnótico y relajante.

Ya más recuperado, al abrir los ojos, observé el árbol sobre el que me había refugiado: No podía ser otro que una higuera, plagada de higos, que, sabiamente, estaban dispuestos sobre las ramas que daban al río, inalcanzables para cualquiera de los mortales.

Me levanté decidido, dispuesto a adentrarme en el camino que transcurría entre los dos muros de piedra, que eran una amalgama de piedras colocadas desordenadamente, fragmentos “cogidos prestados” del mismo río, embutidos en una mezcla de argamasa, de arena rojiza y cemento. Calculé que llevaban ahí bastante tiempo, el suficiente para que una capa irregular de musgo de color verdoso los cubriera casi al completo.

Seguí caminando, muy despacio, deleitándome la vista con el paisaje, con todos esos colores, verdes y ocre, que brillaban en mayor o menor medida, dependiendo de si alguna de las nubes blancas algodónadas, osaba interponerse y tapar la luz del Sol.

Caminando así, por aquella zona tan sombría, perdido entre gigantescos plataneros, con su corteza moteada tan característica, me di cuenta de que tengo que tomarme las cosas con más tranquilidad, y que si no se hubiera retrasado la operación, tan poco hubiera disfrutado de ese momento tan mágico.

También pensé en mis compañeros del grupo de jóvenes Parkinsonianos, y en que ellos, tarde o temprano tendrán su oportunidad, si no es con este tipo de operación, con alguna otra técnica más novedosa.

Y, muy especialmente en uno de ellos, en Jesús, que va a ser operado justo una semana después de mi fallida operación, y que se las prometía tan felices porque yo iba delante, allanando el camino.

Al llegar a casa, ya mucho más relajado, he cogido mi móvil y lo primero que he hecho es enviarle a Jesús un mensaje de ánimo por WhatsApp, informándole en detalle de todos los días hospitalizado, y, de esa manera, conseguir tranquilizarlo.

Y al colgar he pensado que, más temprano que tarde, llegará, por fin, mi oportunidad.

El banco diariodeunparkinsoniano

2022-06-10

A lo mejor, viendo el título, y dependiendo de tu nivel de cabreo, habrás pensado que voy a hablarte de una sucursal bancaria.

No, no es uno de esos lugares que pronto quedarán deshabitados, fagocitados sus pobladores por el monstruo de internet, en los que, cuando tienes dinero eres bienvenido y te abren sus puertas de par en par, pero cuando ya no lo tienes, te llenan de comisiones “de mantenimiento”, escudándose en que una especie de ente calculador, “el ordenador central”, ha decidido que tu exigua nómina, suma de varios mini-empleos precarios “de mierda” no alcanza una inalcanzable cifra, media ponderada de no sé que fórmula utilizada para hacer el cálculo.

En realidad, esta es la historia de uno de esos bancos de madera y hierro, de los de toda la vida, de los que forman parte del mobiliario de nuestro querido barrio-pueblo (táchese lo que no proceda), Ansoain.

Pudiera ser uno de los del parque de Lapurbide, para mí el primigenio, genuino y original, o uno de los que hay alrededor de la distintas plazas que han ido surgiendo, conforme Ansoain ha ido creciendo.

En realidad, el banco al que me refiero es uno de los que están situados donde tradicionalmente acababa la calle Lerín, en lo que es ahora una plaza con el suelo de hormigón, un tanto fría, levantada sobre las ruinas de ese montículo de arena en el que todos los crios jugábamos, dejándonos la piel de las rodillas, excavando agujeros o intentando tirar nuestras canicas para ganar la partida.

Me lo imagino como una especie de evolución, una versión moderna, no sé yo si más civilizada, de aquellas sillas de tijera, con cuerpo de tubo y piel de tela, en las que nos sentábamos todos los vecinos “a la fresca”, intentando combatir el calor del verano en aquella playa figurada, “el campo de delante”, y que ahora es, grado más, grado menos, la zona donde está situada la iglesia.

Al principio, cuando lo instalaron, estaba reluciente. Pintada su madera de color verde, y sus partes metálicas de negro, casi daba pena sentarse en él.

En aquel entonces, era tan solo un asiento nuevo, al que los vecinos se acercaban tímidamente. Un lugar en el que descansar, y dejar pasar las horas muertas, sin hacer nada.

Con el paso del tiempo, en su época más dorada, más y más vecinos empezaron a sentarse en aquel banco, y también en el resto de los de la plaza, hasta tal punto que no había sitio para todos.

Año tras año, conforme aquel banco iba acumulando capas y mas capas de pintura, sus tonos fueron pasando del verde juvenil al ocre de la madurez, como si fuesen las hojas de un árbol, al tiempo que la gente que lo frecuentaba se iba haciendo, también, cada vez más y más mayor.

Para entonces, ese banco se había ido convirtiendo en un trocito importante de la vida de los vecinos. Era su válvula de escape, una especie de refugio, un trocito de oasis en medio del desierto de la soledad que representaban sus casas, que se habían ido vaciando de vida, conforme sus retoños las iban abandonando, al ir creciendo.

Pero un día, de repente, aquel banco lleno de vida, allá por mediados de marzo de hace ya más de dos años, quedó desierto, inerte. Llegó la maldita pandemia y su confinamiento, y con ello todos, pero sobretudo los mayores, nos vimos obligados a encarcelarnos en casa, sin apenas poder salir.

Con el paso de los meses, y la falta de mantenimiento, su pintura se fue agrietando y perdiendo brillo.

Incluso, un fatídico día, recibió la visita de unos despiadados vándalos, que, provistos de unos sprays de pintura, se atrevieron a mancillar aquel lugar sagrado, al garabatear unas frases ininteligibles, seña de su nula identidad, al tiempo que los vecinos miraban por la ventana, impotentes.

El puñetero coronavirus fue haciéndose dueño de la situación, llenando de miedos y acobardando a los vecinos, impidiéndoles hacer lo que tanto deseaban, el sentarse en su banco de siempre, y disfrutar de la compañía del resto de vecinos.

El banco iba languideciendo, muriendo poco a poco, sin remedio, mientras los vecinos también lo hacían, víctimas de la enfermedad, de la tristeza y de la propia vejez, y un silencio sepulcral se iba adueñando del lugar.

Los vecinos anhelaban sentarse en ellos, mirándolos desde sus ventanas, pero el miedo no les dejaba hacerlo. Incluso después de que las autoridades relegasen el problema de la pandemia, no dándole ya importancia.

Hasta que, hace unos días, pasó algo.

Dos de aquellos vecinos se atrevieron, por fin, a romper la rutina diaria en la que se había convertido el salir de casa sólo para ir a comprar o al médico.

Poco a poco, con precaución, se fueron acercando al banco, a su banco, hasta sentarse en él. Y esperaron, esperaron allí, pacientemente sentados, a que otros vecinos hicieran lo mismo.

Esperaron, a pesar de saber que muchos de sus vecinos, sus amigos, ya nunca más volverían a sentarse con ellos.

Y su espera dió su fruto.

Y el banco se volvió, otra vez, a llenarse de vida.

Y ellos, mis padres, recuperaron una parte, injustamente robada, de su vida.